### LA COMPASION

Alexander F. Skutch

Si se me pide que elija el día más importante de la historia del mundo, vacilaría en designar el día en el cual por primera vez un animal, de cualquier reprimió su apetito, o dominó su pasión, o se negó a sí mismo algún plaen consideración a los sentimientos de alguna otra criatura, pues en ese día la compasión, y la moral reflexiva empezó a surgir de la moral no reriva que existe en el mundo y en la vida. Pero la historia escrita, que cuenta de acontecimientos espectaculares pero triviales, deja pasar en silencio los hechos imente importantes en el desarrollo de la vida y del hombre. En verdad, puesto estos sucesos importantes son casi siempre el producto de un crecimiento imperceptible, no sería posible, aun a la luz del más completo conocimiento, conarlos con la precisión de algún ruidoso suceso tal como una batalla o el mato de un tirano.

Ignoramos igualmente la fecha en que por primera vez un animal delibedamente se negó alguna satisfacción inmediata a fin de obtener una ventaja fudando así origen a esa otra gran rama del esfuerzo moral, el interés por propio perfeccionamiento. Podemos estar seguros, a través de numerosas obsersones, que muchas criaturas, aun aquellas bajas en la escala de la vida se alejan de un alimento apetitoso cuando el comer más sería dañino a alud, o fuerzan los cansados miembros para continuar alguna actividad necesaria, caeciendo por lo tanto ejercer la temperancia y la fortaleza; pero no sabemos si gobernados en estos momentos por una presciencia o por simples presiones ciegas, ya sea que presenciemos la operación de la moral reflexiva o moral inconsciente de la cual surgió. Como tampoco si la consideración de sentimientos de otra criatura precedió al pensamiento del propio bienestar fudel animal, o si fue a la inversa, si la parte altruista de la ética es de anor aparición a la parte egoísta. Puesto que es más fácil para una inteligencia comienza a despertar el suponer los sentimientos actuales de algún otro ser inmediatamente delante de sí, que el representarse su propio estado futuro, altamente probable que la compasión preceda a la prudencia, posiblemente en ias generaciones. Los estudios de la infancia dejan poca duda de que el nicapaz de responder con simpatía mucho antes de que haya alguna razón suponer que puede prever las consecuencias para sí mismo de su propia con-De aquí que es probable que la moral reflexiva naciera con el primer ejemde auto dominio en consideración a los sentimientos- de otro ser.

Sutherland estaba sin duda en lo cierto al derivar la simpatía y la comon de las actividades paternales (1). En el pájaro que, aunque hambriento, colo-

ALEXANDER SUTHERLAND, The Origin and Growth of the Moral Instinct, Longmans, Green, and Co., London, 1898.

ca en los picos abiertos de sus crías el alimento con su propio pico, y que su propio cuerpo protege a sus pequeñuelos del frío, de la lluvia y del sol, nemos el verdadero símbolo del altruismo y de la compasión. Y tales actos de nura no están de ninguna manera limitados a sus propias crías; pues no poveces un pájaro protege de la misma manera cuidadosa la cría de otros pad tal vez de distinta especie. Desafortunadamente, no sabemos, y no tenemos medios para descubrirlo, si el pájaro u otro animal actúa simplemente por conformidad con mecanismos innatos, o si responde con simpatía a los pequeños indefensos. De aquí que no podamos estar seguros si en estos casos tenem verdadera moral o moral irreflexiva. Esto no es una simple distinción pedante, poda conciencia de los fines, el conocimiento de por qué y para qué propósito mactúa, es indispensable para ese crecimiento continuo en alcance y poder que característico de la verdadera moralidad.

De la misma manera es difícil saber hasta dónde los sentimientos pasivos están en la raíz de todas las restricciones y gestos pintorescos que maio las actuaciones de los hombres primitivos con la vida que los rodea. Cuando Toboongkoos de las Célebes construyen y abastecen una pequeña residencia los espíritus de los árboles, a los cuales deben despojar de sus mansiones original cuando limpian un terreno del bosque para plantar su arroz, ces la simpatia o miedo a la represalia sobrenatural el motivo de este acto de piedad natural? También, cuando los habitantes de la Isla de Santa María en el Océano Inc. piden perdón a la ballena madre por privarla de su prole que ellos necesira para alimento, ¿están movidos por la compasión o por el temor al proferir expresiones de simpatía? (3). Cuando recordamos la odiosa crueldad con la hombres del mismo nivel cultural tratan a sus enemigos, y aun la dureza de ritos de iniciación que sus jóvenes deben con frecuencia sufrir, podemos char que el temor a la represalia de los espíritus de los animales sacrificados de los árboles caídos, o el interés por la continuada abundancia de los animes que sustentan su economía, más bien que la simpatía por las criaturas que destruir para conservar sus propias vidas, está en la raíz de todas estas practiconmovedoras. Más probablemente, en los sentimientos de los hombres primitivos, en sus instituciones, hay mezclados en confusión difícilmente diferenciable un mero de elementos que sólo en un estadio de cultura posterior estarán separa y en contraste, como la compasión y la prudencia, la simpatía y el temor.

Podemos, sin embargo, estar seguros de que en un período relativamentemprano en la génesis de la civilización, la verdadera compasión empezó a ejecuna influencia poderosa en la conducta humana. Se cuenta de Neminatha, el simosegundo tirthankara o gran maestro de los jainistas que, de camino a su de bodas, fue movido tan fuertemente por la compasión hacia todos los animiconducidos a los sacrificios nupciales, que bruscamente abandonó la procesión pronto renunció al mundo para seguir una vida religiosa. Si este suceso es en dad histórico, podría haber ocurrido unos mil años antes de la era cristis i no antes. No hay duda de que el motivo que llevó a Neminatha a la renunción había adquirido gran fuerza en las religiones de la India hacia el siglo antes de Cristo, y había afectado profundamente las enseñanzas de Mahavir

<sup>(2)</sup> SIR JAMES GEORGE FRAZER, The Golden Bough, IX

<sup>(3)</sup> Op. cit., LIII.

rigésimocuarto y último tirthankara jainista, no menos que las de su más conocido más joven contemporáneo, Gautama Buda. En China, por el mismo período, sententos semejantes eran activos en el taoísmo medio. En el Occidente, más agreva firmativo de sí mismo, la compasión nunca ejerció la misma influencia penerite que en el contemplativo Oriente; sin embargo, fue fuerte en las tradiciones góricas y neo-platónicas, penetró en el pensamiento del bondadoso Plutarco y, que más estrechamente centrada en la humanidad, aparece en los dramas de Euríva en las Escrituras Cristianas, especialmente en las Epístolas de San Pedro.

## QUE LOS SABIOS MENOSPRECIARON LA LASTIMA.

Entre la compasión y la lástima la distinción es sutil. La palabra "comon" sugiere una actitud de inmediato más tiernamente comprensiva y más acente útil que la de "lástima", la cual a menudo está teñida de desprecio den por el que sufre, cuyas desgracias son quizás debidas a su propia inepo tontería. Sin embargo, por cualquier nombre que lo designemos, la raíz siecto que estamos ahora considerando es la susceptibilidad simpática de seninfelices por la contemplación de la desgracia de otros seres conscientes, de dolor a la vista del dolor, lo cual es la otra modalidad de nuestra capacidad compartir por simpatía la felicidad de los que nos rodean. Nietzsche, que mila moralidad de la lástima como "el síntoma más siniestro de nuestra mocivilización europea", señalaba que el alto valor que los modernos filósofos a este sentimiento era un nuevo desarrollo, pues los pensadores anteriores habían mostrado unánimes en cuanto a la inutilidad de la lástima. En apoyo sta sorprendente afirmación citaba a Platón, Spinoza, La Rochefoucauld, y ont, quienes, a pesar de sus grandes diferencias de temperamentos y doctrinas, menian un igual desprecio por la lástima. En esta denuncia de la lástima hay de cierto, adornada con la exageración e invectiva características de Nietzsche. (4)

Si la compasión, la lástima, y los sentimientos que se relacionan con éstas como nosotros afirmamos, la raíz de toda la moral del altruísmo, opuestas a la prudencia o interés propio a largo plazo, ¿cómo vamos a explicar el escaso asignado a la compasión aun por pensadores que ciertamente no carecían de olencia o de interés por el bienestar de los demás? He aquí una paradoja demanda una explicación, una explicación que Nietzsche, tan agudo en deslas debilidades e inconsistencias de la doctrina que él despreciaba, tan deslo en encontrar las fuentes de sus defectos, falló en proporcionarnos. Pero para la condena de la lástima, no sólo por filósofos sino también por de religiones, no es difícil de descubrir.

Desde un temprano período hasta la época en la cual el movimiento roco de la moderna Europa, empezando como una saludable revuelta contra
attemado formalismo, rompió los límites y exaltó aquellos aspectos de nuestra
la naturaleza que la sabiduría acumulada por la humanidad nos ha ensemantener bajo rígido dominio, los grandes sistemas de la cultura espiritual,
de sus muy diversas bases metafísicas, eran sobre todo disciplinas por
coles los hombres pudieran levantarse por cima de los accidentes de la fortuna.

Pues para seres como nosotros, sujetos a mil ocasiones imprevisibles e ingobenbles, y sin embargo, poseedores de un espíritu que obstinadamente rehusa idtificarse con su cuerpo corruptible, el único método para conservar fija y claesta llama interior es aprender a desechar todos los absurdos accidentes que inevitabmente sobrevienen a nuestra envoltura exterior. Desde los *Upanishads* de la tigua India, a través del jainismo, el budismo y el taoísmo en el Oriente, el esto cismo y aun el epicureísmo en el clásico Occidente, hasta las doctrinas de Spinay Malebranche, todos los grandes sistemas tuvieron como primordial objetivo cultivo de la mente serena, desinteresada, libre de todas las perturbaciones procidas por el placer no menos que por el dolor. Ante todas esas circunstancias su vida fuera del dominio de su propia voluntad—ante la pobreza, la enfermeda el calor, el frío, el hambre, la prisión, la pérdida de amigos y de seres amado la calumnia y el desprecio—el sabio o el santo debe permanecer impasible, y mtener la misma ecuanimidad en medio de la abundancia que de la adversidad.

Esta serena alegría nunca podría ser mantenida por la persona hipersa sible al sufrimiento, que no podría dejar de ver alrededor suyo, por una person dispuesta a hundirse en el desaliento o en paroxismos de angustia mental por simpatía ante los dolores de los demás. ¿No sería ridículo ejercitarnos por medio una larga y ardua disciplina para permanecer imperturbables ante nuestras pias desventuras, y sin embargo, permitirnos ser trastornados por cada desgraque sobrevenga a nuestros vecinos? ¿Qué podríamos ganar con un proceder desequilibrado? Spinoza enseñaba que debemos analizar todos los infortunios de nueso vida tan serena e impersonalmente como si ellos le hubieran sucedido a otro. la misma lógica, ¿no debe el hombre que se ha disciplinado con gran esfuerzo conservar una serena alegría a través de todas las vicisitudes de la fortuna, manecer tan inconmovible ante las desgracias de los demás como ante las prop La compasión es, después de todo, una forma de pasión, o de afecto pasivo mente; y aquellos maestros que insistían en el dominio de las pasiones eran mente consecuentes al recomendar la anulación de la piedad o de la compasión cualquier sentido literal de la última palabra.

No obstante, de ninguna manera significa que los inspirados maestros nos previnieron contra el exceso de la lástima sentimental recomendaran que mos por la vida como un monstruoso "superhombre", indiferente a los dolor contorsiones de todos los seres débiles que él ciegamente aplasta en su loca petuosa carrera. ¡Lejos de ello! Aunque en diverso grado, cada uno de estos sadores enseñó a los hombres a cuidar del bienestar de los seres que los ropero ellos deseaban sustituir la piedad sentimental, que a menudo no es más una inerte y lacrimosa meditación acerca de males que no tenemos intención corregir, por una actitud racional que sería mucho más eficaz. En verdad, lo vemos por todas partes hoy, una mayor o menor piedad sentimental no compatible con una vida que no se cuida de infligir esos mismos dolores ruidosamente se lamentan.

Es justamente esta contradicción en nuestras vidas lo que una discipequilibrada debe superar. El budismo ha sido llamado "la religión de la piedo y se ha dicho que su fundador "siente compasión por todas las criaturas". No nozco suficientemente la gran cantidad de escrituras budistas para saber si contra acusaciones a la piedad semejantes a las que uno encuentra muchas veces escritos de los estoicos, pero ciertamente el entregarse a la piedad sentimenta

brahmán" descritos en el capítulo final del Dhammapada "no hace daño con el po, el lenguaje o la mente", y sin embargo, es "puro, sereno, imperturbable"; y particular constelación de atributos es compatible con el más cuidadoso miratio por el bienestar de todo lo que vive, aunque no con la lástima. La posición aniismo es bastante similar; un reciente escritor jainista señalaba que su reliaprueba "la compasión espiritual" pero mira con desagrado "la compasión sental". Tener una tierna consideración aun para los seres más humildes es el mapio fundamental de los jainistas; no obstante, el permitir que la vista del initiento inevitable transtorne el sereno despego que procuran obtener, sería desposo para su sistema de cultura espiritual.

Aunque los estoicos, poniendo demasiado énfasis en la razón como una diad que coloca al hombre decididamente aparte del resto de la creación, estante lejos de igualar a los jainistas, budistas y taoístas en la amplitud de sus matias, dentro de los límites de su sistema ético, su posición fue sorprendente similar. Su actitud hacia la piedad se ve con claridad cuando la encontramos ionada junto a la envidia, los celos, la rivalidad, la torpeza, el fastidio, la pela angustia, y la perturbación como especies de dolor, que ellos consideraban forma mental irracional. Epicteto repetidas veces mencionó la piedad entre los que desaprobaba. Aunque la piedad, estado mental pasivo e irracional, fue tenada por los estoicos, la benevolencia, un estado activo y racional, fue contada junto con la amistad, el respeto y el afecto, en alto grado entre las virtudes. (5)

Esta misma benevolencia de los estoicos fue en gran parte responsable edad de oro de los Antoninos, con toda su amplia filantropía y sus benéreformas. No tenemos mejor descripción de cómo, en medio de abrumadoras acias, el verdadero estoico combinaba un activo empeño por el bienestar de compañeros con una mente serena e imperturbable, que el relato de Plutarco de cómo, después de la rendición de Utica a César, Catón el joven hizo los esfuerzos posibles para salvar a los ciudadanos al mismo tiempo que media su propia muerte.

Pero en ninguna parte encontramos la actitud de los filósofos anteriores hacia la más clara y brevemente expresada que en la Etica de Spinoza. La "piedad", bió, "en un hombre que vive guiado por la razón es en sí misma mala e (6). Pero en la prueba de esta proposición explica: "La piedad es un dopor lo tanto, en sí misma mala. El buen efecto que sigue, a saber, nuestro por liberar de la miseria al objeto de nuestra piedad, es una acción que mos hacer únicamente por el dictado de la razón; sólo por el dictado de con somos capaces de realizar cualquier acción, que sabemos con certeza que mena". Como el dolor que sentimos cuando tocamos el fuego es útil en la dia en que nos hace quitar la mano quemada, así la lástima es buena solamente conduce a alguna acción dirigida por la razón para aliviar la miseria que la coco (7).

Los escritores cristianos, no menos que aquel hijo de un pastor protes-

PIOGENES LAERCIO, VII, 111, 116.

SPINOZA, Ethics, Parte IV, Proposición L.

SENECA, De Clemencia, y CICERON (quien en ética fue esencialmente un estoico).

tante que pretendía ser el Anticristo, a menudo han comentado la aparente aus cia de sentimientos compasivos mostrados por estos maestros de otras doctrinas embargo, nosotros hemos dado abundante evidencia de que su condena de la dad sentimental no es prueba de desprecio a las demás criaturas. Ellos afrontas no obstante, el problema de combinar el interés por el bienestar de los demás esa calma espiritual que los sabios siempre han estimado de primera importante y solucionaron este problema con la recomendación de una vida que evitara daño a los otros seres, y hasta donde fuera posible aliviara su dolor, al mismo tieno po que desaprobaban el sentimiento que nos mueve a mitigar los dolores de demás criaturas, o al menos nos impulsa a evitar el hacerles daño. En conjunio su posición no era muy diferente de la de un filósofo cristiano como James tineau, que asignaba al "afecto primario de la compasión" el segundo lugar en tabla de las Fuentes de la Acción, segundo en mérito moral solamente despu del "sentimiento primario de la reverencia". Pero hay que hacer notar que es mo una fuente de acción o motivo para el esfuerzo activo que a la compasión le asigna este alto rango. La piedad como una simple complacencia de sentimica tos de simpatía, el apenarse por las desgracias de los demás, caería entre los ale tos secundarios de Martineau, sólo a medio camino en la escala aunque aún au goza de un grado más alto que el que probablemente le habrían dado un filo sofo de la Antigua Stoa, Spinoza, o aun Buda. (8)

#### EL ALIVIO DEL SUFRIMIENTO COMPASIVO POR MEDIO DE LA BENEZ CENCIA ACTIVA.

En contraste con el escaso valor que hasta muy recientemente los pesadores más profundos otorgaron a la piedad pasiva, la civilización occidental, especialmente desde la aparición del Romanticismo con su invento del Weltschme encuentra algo bueno y admirable en el propio sufrimiento compasivo, aparte cualquier acción reparadora a la cual pudiera conducir. Nosotros los modernos marámos con recelo al viejo estoico que pretendía no sentir tristeza a la vista los dolores ajenos, sin importar cuán enérgicamente pudiera empeñarse en alividos. Además podríamos dudar de la estricta exactitud de su pretensión; pues que no sentía la más ligera pena a la vista de los sufrimientos ajenos no tendría impulso espontáneo para socorrer a los demás, y sería llevado a hacerlo sólo palguna insistencia o presión externas, o quizás por un sentido del deber curvorigen podría difícilmente entender.

¿Es bueno, entonces, sentir piedad o compasión, sufrir con los que su fren en presencia nuestra? La respuesta a esta pregunta implica alguna consideración del significado y de la función del dolor. Sirve primordialmente para av sarnos que algo anda mal en nosotros, y para incitarnos a una acción reparador. Si yo me cortara un dedo y, sin embargo, no sintiera dolor, me alarmaría, y tendo el temor de haber contraído alguna enfermedad que impidiera el funcionamiento normal del sistema nervioso. El dolor me recuerda que me he herido y que deb vendarme la herida. Pero al hacerlo procuro mitigar el dolor al mismo tiempo que detengo el fluir de la sangre. Sería absurdo desear prolongar el dolor después de

<sup>(8)</sup> JAMES MARTINEAU, Types of Ethical Theory, Parte II, I, VI.

be atendido su aviso. De igual manera, si yo viera los sufrimientos de los homo de otras criaturas sin sentir piedad o compasión, ni dolores producidos por impatía en mi propia mente, me alarmaría no fuese que hubiera contraído alenfermedad espiritual que causara la atrofia de mis mejores sentimientos. Pero desearía sentir tan sólo la suficiente angustia que me pusiera en movimiento aliviar el dolor contemplado, y estaría contento si mi propia incomodidad al se disipara por medio de esta acción. Tal vez no verdadera angustia mental, suficiente simpatía imaginativa para producir una viva comprensión de la dificienta, sería un incentivo adecuado para emprender una acción reparadora.

¿Por qué debemos hacer una distinción entre sentir pena por otras cria-sentir pena por nosotros mismos? La piedad de sí mismo es correctamente derada una grave debilidad de carácter, y en exceso, puede producir una flaque paraliza la voluntad. Sin embargo, sin alguna leve pena o descontento por actual situación, nunca nos sentiríamos impulsados a mejorar nuestras cirricias. De manera semejante, desear sentir dolor ante las aflicciones ajenas más que es necesario para movernos a socorrerlos, o cultivar un espíritu pesaroso que el mundo está lleno de más dolores de los que podemos remediar, revela mente morbosa, romántica más que racional. Es en verdad tan enfermizo como entar nuestras propias penas y desgracias en vez de luchar valientemente para las u olvidarlas. Si permitimos que nuestro espíritu se deprima ante nuestros infortunios o ante los de los demás, innecesariamente aumentamos la trismundo. La actitud pesimista contribuye a hacer del Universo lo que ella que es. Para el hombre naturalmente sensible es sin duda difícil permanecer en medio de los dolientes prójimos; así como para el timorato es difícil estar cuando todos los que lo rodean están temblando de miedo. Empero, debemos otros mismos, no menos que a los que nos rodean, el conservar nuestra serena y alegre sin importarnos cuán grande es la suma de las miserias del

Nuestra piedad, entonces, no debe sobrepasar nuestra beneficencia. Si sonsatos, debemos prestar atención a los dolores del mundo en la medida en os podamos disminuir; afligir nuestro espíritu con el resto es inútil tortura. In solo acto de misericordia vale más, para nosotros mismos y para los que toda una vida de inactivas lamentaciones acerca de los males de toda cón. Las gentes compasivas y sensibles hallan difícil no deprimirse ante el inevitable con las miserias que no pueden remediar. Pero si no pueden los sufrimientos particulares que de inmediato los deprimen, sin duda hay nucha distancia otros seres dolientes a quienes sí pueden socorrer. Por lo hombre sensato, a diferencia del inexperto joven romántico, no se perser abatido por el espectáculo de la miseria, sino que encontrará la forconvertir su piedad en acción benéfica. En Occidente ha habido en los años demasiada piedad sentimental, y muy escasa compasión activa, especial-relación con el reino animal.

Aun el infligir un dolor necesario a otro ser causa al espíritu sensible milento tan agudo como el que experimenta a consecuencia de los males de cuerpo. Pero quien intentaba la cura de las heridas de los hombres animales, pronto aprende a concentrar su atención en su tarea, sin discon el pensamiento del dolor que pueda estar causando. Si es movido por la

compasión para realizar el tratamiento, adoptará un proceder que prometa el nimo de malestar a su paciente; pero mientras esté ocupado en la operación, al bordinar todo esfuerzo a la correcta y hábil realización de ella, su mente estejos del pensamiento del dolor; y ningún beneficio resultaría de mantenerlo ante Al contrario, el apenarse por los dolores de su paciente podría perjudicar su ciencia, con el resultado de que inadvertidamente los aumentaría. Lo mismo se ca a cualquier otra clase de acción compasiva; al esforzarnos por aliviar la ante tia ajena, arrojamos de nuestro espíritu la pena que nos produjo. Con el remedel sufrimiento convertimos un estado mental pasivo en otro activo y experimento mos la misma satisfacción que resulta del ejercicio de cualquier poder, sea en bajos serios o en juegos, y con menor causa de posterior pesar que en el cast muchas otras de nuestras actividades. Los médicos, enfermeras, veterinarios, to aquellos para quienes el alivio del dolor es un arte, deben comprender mejor la mayoría de los hombres por qué los estoicos, Spinoza, y otros filósofos enseron que debemos reemplazar la piedad por la benevolencia dirigida por la razo

#### LA COMPASION DEL HOMBRE Y EL RIGOR DE LA NATURALEZA.

"Puesto que mis prójimos y yo tememos y odiamos el dolor, ¿cuál cualidad peculiar de mi propio ser para que yo deba cuidarme de él más que ellos?", preguntó el escritor budista Santideva (9). Sin embargo, a quien ador un modo de vida que revela un grado insólito de compasión por los seres que lo rodean, a menudo le recuerdan sus perplejos amigos, no menos que los deñosos mofadores, que la lucha y el derramamiento de sangre son "la leve la naturaleza", y que por doquier los fuertes toman lo que pueden sin la me consideración por los sentimientos de los débiles. Ciertamente: el tigre y el desgarran la palpitante carne de su presa, al obedecer impulsos desarrollados ellos en el curso de su evolución. Pero con el paso del tiempo, otros aspectos proceso creativo salen a la luz. En cualquier visión "naturalista" del mundo, la pasión del hombre y la ferocidad del león son igualmente productos del misproceso; tal vez en la primera tenemos una expresión más auténtica del objeto de la energía creadora, empezando ahora por fin a librarse del trágico premento en el cual se vio comprometida como consecuencia de su propia exulcia, que hace que se originen más seres constituídos de los que pueden enconespacio y materiales para completarse, de donde surgen todas las luchas naturaleza. Como un producto tardío y superior del proceso creativo, la comsión parece ser un indicio más auténtico de la dirección en la cual se moviendo. Parece representar el esfuerzo de armonía para corregir el rigor dureza inseparables de los primeros períodos en el desarrollo de la vida, y hacer por fin del mundo viviente una expresión más adecuada de la activi que lo creó.

Tomar el ejemplo de los animales más primitivos como excusa para sechar o suprimir los impulsos generosos que surgen de lo profundo de nuestro es ponernos perversamente en contra de la corriente de la evolución, ahogando promesa del futuro con las cadenas del pasado: una conducta malvada e impía

<sup>(9)</sup> L. D. BARNETT, The Path of Light, (John Murray, London, ed., 1947), p. 103.

cidad es la expresión propia de la naturaleza del tigre; que así sea; pero la rensedumbre es igualmente una expresión natural de mi propio ser. ¿Por qué legar al absurdo de imitar la naturaleza de otra criatura, como el celoso asno las fábulas de Esopo, que saltó sobre su amo para imitar al perro mimado?

Que por lo menos durante varios miles de años un número no despreble de hombres ha sentido compasión no sólo por otros seres humanos sino todas las criaturas, y que en muchos este sentimiento ha sido lo bastante fuerpara causar grandes cambios en su modo de vida, son hechos que sería insensato ar. Si otros hombres fallan en descubrir el aguijón de este sentimiento dentro ellos, debemos llegar a la conclusión de que, o permanecen en un nivel intion de la evolución humana, o las difíciles circunstancias de su vida, la neceside una continua e inexorable lucha para sobrevivir, han atrofiado sus meses sentimientos. Un interés compasivo por todas las criaturas es una expresión nuestra fundamental naturaleza, que en muchos animales está enterrada bajo difícaciones secundarias engendradas por la lucha por la existencia, y que pueaflorar a la conciencia sólo en la medida en que estas pasiones destructoras suprimidas, o por lo menos en sus momentos de reposo (10).

Si negamos que la compasión sea un desarrollo natural en un nivel sulor, del proceso que nos creó junto con los demás seres vivos, sólo una allativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible. Debemos entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible entonces sostener que este sentimiento fue inlativa parece posible entonces sostener que este sentimiento fue

En las ciencias físicas hay un principio bien conocido llamado el Teorede Le Chatelier, que afirma que si una fuerza adicional se aplica a un sistema
quilibrio dinámico, el punto de equilibrio se desviará en tal dirección como
disminuir el efecto de la nueva fuerza. Cuando comprimimos un gas, éste resiste la
externa con una presión constantemente creciente. Cuando aplicamos calor
mezcla de hielo y agua, la absorción del calor por el hielo que se derrite
por un momento la elevación de la temperatura de la mezcla. Este teouene muchas aplicaciones en el mundo viviente, el cual es un sistema excemie complejo en equilibrio dinámico con su ambiente; y hasta en la esfera
suca estamos acostumbrados a reacciones análogas, como cuando nos esforzapor disminuir la depresión causada por alguna dura pérdida al recordar las
concomitantes. El crecimiento de la compasión podría ser considerado cotamplo de la operación del principio de Le Chatelier en el dominio de la

Ver la obra del autor, The Quest of the Divine, (Meador Publishing Co.' Boston, 1956), c. VIII.

vida. Si no fuera por las compensaciones de esta clase, la estabilidad del mundo físico biológico y moral, podría difícilmente mantenerse.

Durante largas edades, los animales se esforzaron por satisfacer sus cesidades vitales a expensas de otras criaturas, sin consideración por sus sentimietos o su bienestar. Pero estos animales de presa eran de un bajo nivel de integencia, de manera que ellos podían producir escaso cambio deliberado o mejo miento en la conducta instintiva por medio de la cual explotaban a sus víctimas el daño que podían infligirles estaba más bien estrictamente limitado por sus do innatas. Pero después de muchos millones de años, el proceso evolutivo empa a producir un animal que sobrepasaba en ingenio y astucia a cualquiera de los anriores; y este nuevo animal, provisto de miembros adaptables para realizar los planque surgían en su mente inquieta, era capaz de explotar todas las cosas vivas que rodeaban con una minuciosidad, y a menudo con una diabólica astucia, hasta entons desconocidas en el mundo.

Tan eficaces eran sus medios para utilizar su ambiente que este nuevo de animal se multiplicó excesivamente, se extendió sobre la mayor parte de la tiencausó estrago a otras innumerables formas de vida, y por último amenazó destruir equilibrio total de la naturaleza y llevar al mundo viviente a un desastre universal el cual el nuevo explorador estaría inevitablemente incluído. Pero, por fortuna, ante de que sus estragos llegaran a ser irreparables, una influencia restrictiva empezó a dejas sentir en la mente de este animal en extremo inteligente, al principio en forma vaga y desi como una chispa de luz densamente rodeada de humo que la oscurecía. El explotado empezó vagamente a conjeturar los efectos sobre los explotados de su trato con ello La simpatía imaginativa nació, y con ella surgió la compasión y el interés por el bientar de los débiles e indefensos. La misma inteligencia que dio al hombre una venta inusitada sobre las demás criaturas en la lucha por el existir, empezó a decirle era equivocado usar de esta ventaja hasta su límite extremo. Esta fuerza compensado este principio de limitación, por fin luchando débilmente por aparecer, es de todas tendencias perceptibles en la actualidad en el mundo viviente, la más importante par el bienestar de la totalidad, incluyendo al propio hombre. Si nos mofamos de ella si la suprimimos, nosotros, no menos que toda la comunidad de seres vivos, pagarento un alto precio por nuestra impiedad, ceguedad y locura.

Es inútil sostener que el rigor o crueldad de la naturaleza invalida la conpasión del hombre, al revelar que ella es una anomalía absurda, un capricho de evolución, en un mundo lleno de luchas implacables. Los filósofos y los naturalistas han diferido extensamente en su determinación de la crueldad de la naturaleza; y conjunto los últimos, agradecidos por innumerables horas felices en estrecha compani de seres vivos, han adoptado la visión más alegre, desestimando o excusando mucio hechos desagradables, de una manera que el filósofo, que mira fría y apreciativament el mundo, puede aprobar con dificultad. Pero en relación con el asunto presente. importa cuán dura pueda ser la naturaleza, pues este rigor da a la compasión todo valor y toda su grandeza. ¿Qué uso tendría la compasión en un mundo jamás visitado por el dolor, en un mundo tan felizmente constituido que nunca pudiera surgir conflici y en el cual toda pérdida debiera por siempre permanecer desconocida? Cuanto oscura y horrible la noche de las tempranas edades de la vida, tanto más gratos primeros y débiles rayos de la compasión que con timidez se asoman en el oriente tanto más bella la promesa del amanecer, tanto más gloriosa la transformación que nuevo día traerá. Es justamente el rigor de la naturaleza lo que hace preciosa la conpasión, y nos impone el deber de cultivar este tierno crecimiento con el máximo cuidado

# yalor de la misericordia independiente de un calculo hedonista

Cuando examinamos el mundo viviente en toda su estupenda complejidad, lunando vanamente por descubrir las numerosas interacciones que unen a cada criatura las demás, a veces nos preguntamos si, por algún acto de misericordia, podemos merar, aunque sea en forma mínima, la suma de los dolores del mundo, y si cualquier sa que pudiéramos hacer, diferente del recorrido de la crueldad astutamente inventada, odria materialmente aumentarlos. El animal cuya vida salvamos o perdonamos, si es nívoro, continuará tomando su ración diaria de otros animales que forman su aliemo y hasta si es herbívoro aplastará a la hormiga y al gusano cuando pace en los mpos. Por otra parte, el animal que matamos jamás destruirá a otras criaturas para entar su propia vida; y su cadáver puede, por cuanto sabemos, producir gran cidad a las innumerables larvas y otros organismos que se alimentan de la carne estado de putrefacción. Aun en una sociedad bastante homogénea, parece imposible imar los placeres y los dolores de cada uno de sus miembros y estipular las condien las cuales los primeros llegan al máximo, de la manera contemplada por Bentham. ¿Cómo, entonces, es posible calcular los gozos y las penas de un que contiene innumerables seres tan diversos como los hombres y los gusanos, árboles y las algas marinas, de los cuales aún las últimas pueden ser, después de mucho más sensibles de lo que nuestra ciencia objetiva supone?

Si la realización de actos compasivos dependiera del conocimiento de sus cos totales y de la certidumbre de que al actuar así aumentamos la felicidad o disnumos los sufrimientos de la vida en su totalidad, nos encontraríamos tan perplejos nunca nos atreveríamos a realizarlos. Pero afortunadamente para nosotros y para conaturas que más de cerca nos rodean, la justificación de nuestros actos de miserino es un cálculo benthámico aplicado a todo el mundo viviente, sino una voz dente de las profundidades de nuestro ser, que no podemos desatender sin rebaen nuestra propia estimación. No es, en primer término, reflejo de la cantidad sufrimiento en todo el mundo, sino inmediato contacto con algún caso particular de miento, que despierta nuestra compasión; y es para satisfacer algo sagrado y dentro de nosotros mismos, no para disminuir los dolores de todo el mundo, levamos a cabo un acto de caridad. Este impulso interno se satisface cuando el inmediato de nuestra acción evita o calma los sufrimientos de alguna otra criahombre compasivo no pregunta: "¿Qué puedo hacer para disminuir las miserias dio el mundo?" Al contrario, pregunta: "¿Qué puedo hacer para reducir los sufride quienes soy directamente responsable, o los de los seres que más estrechame rodean?".

Como personas moralmente responsables, reconocemos la obligación de descules repercusiones de nuestros actos hasta donde razonablemente podamos, y la de
aquéllos cuyos efectos inmediatos, a pesar de ser benéficos, puedan posiblemente
obrepujados por efectos remotos indeseables. Pero hasta en la estrecha esfera
les, donde los resultados de toda clase de acción han sido tan penosamente analizadicontramos que las consecuencias extensibles de nuestros hechos pronto sobrepasan
conce de nuestra vista. En el mundo viviente como una totalidad, tanto más vasto
más complejo que cualquier sociedad humana, y tanto menos analizado ademente, los efectos totales de cualquier acto nuestro llegan a ser más rápidamente

incalculables. De aquí que cuando nosotros somos llevados por la compasión a salvalgún animal, es, no sólo moralmente permisible, sino necesario hacer caso omiso a las consecuencias remotas, de una manera que sería difícilmente permisible en nuestrato con los hombres. No obstante, la diferencia es sólo relativa, pues un agente moralmente responsable no puede en ningún caso actuar con total descuido de todos meno de los más inmediatos efectos de su conducta.

Donde las más remotas consecuencias de nuestro acto llegan a ser impressibles, nosotros sólo podemos esperar que ellas sean benignas, como estamos seguros que son los efectos primarios. No es culpa nuestra si el mundo está constituído de tal forque nada de lo que podamos hacer disminuya el total de sus dolores, ni aumente que un solo destello la suma de su felicidad. Empero, no es irracional suponer que una vio guiada por la consideración compasiva hacia todo lo que vive y siente resultará, largo plazo y en la totalidad, en un mundo más feliz. Y ya sea que nuestro esfuer de vivir así para disminuir la suma de dolor o aumentar el total de felicidad de total se cosas vivientes, cumpla su fin o fracase, es indudable que mejora nuestro procarácter y nos proporciona paz espiritual—consecuencias de ninguna manera desprecibles—. "La corona de la riqueza es la propia compasión; toda otra riqueza se encuenta un entre los hombres más viles" (11).

Traducción hecha por: Hilda Chen Apuy.